

Metástasis

JUAN ARTURO BRENNAN

En el almanaque de platino se leía, simplemente: *Decoration day*. Desde el anochecer de verano, Kullervo y Raymonda no hacían más que contemplar el almanaque adornado con cuatro estampas noruegas, esperando la llegada del gran día. Como si el amanecer no fuera suficiente, el advenimiento de la celebración fue anunciado también por el cuerno mágico del doncel que, desde la lejanía, repetía con insistencia la hipnótica plegaria de san Gregorio. Kullervo y Raymonda salieron de su trance, borraron de su memoria las once transparencias y abandonaron la torre de cristal de Tintagel, que se convirtió en un fósil al recibir el primer rayo del sol.

Kullervo y Raymonda, descendiendo vertiginosamente por las dunas de sal, llegaron hasta el campamento de Wallenstein para difundir la nueva y convocar a la celebración del rito. Pero el campamento estaba abandonado y el reloj de flores había detenido su marcha cinco veces cinco lustros atrás. Las huestes del caballero de la rosa habían descendido sobre el campamento, fulminando a los guardianes de la reliquia; entre el ulular del viento negro se escuchaba aún el lamento de Ariadna. Al escucharlo, Raymonda emitió un sordo sollozo, y una astilla de plata rodó por su mejilla. Kullervo pasó el dorso de su mano por el rostro de Raymonda, y con su voz de acero, invocó:

—*Come, ye sons of art!*

No hubo respuesta; el campamento desierto seguía inmóvil y silencioso. Kullervo tomó a Raymonda del brazo y juntos se alejaron hasta el promontorio de Sísifo. Desde ahí, Kullervo hizo un ademán irrepetible y el campamento comenzó a disolverse con un sonido de xilofonías; las nubes descendieron lentamente y cuando el campamento hubo desaparecido, una urraca ladrona y un murciélago comenzaron su eterna lucha por los despojos.

Kullervo y Raymonda se incorporaron a la corriente marina y partieron hacia otros confines a celebrar las efemérides. En el trayecto vieron a otros que, como ellos, buscaban la fantasía de cada día. Vieron a Don Quijote velando las armas junto a una lánguida Semíramis; más allá, al diablo cojuelo tratando inútil-

mente de descubrir el secreto de Susana; y sobre la cresta de una ola dorada, a la hija de Pohjola poniendo todo su empeño en volver a la vida al patito feo. A pesar de todo, el recuerdo del fantasmagórico campamento no se alejaba de Raymonda; Kullervo la acostó en su regazo y la arrulló cantando los sinuosos poemas para Mí y narrando, una vez más, la leyenda de Nicolás de Flue. Poco a poco, con el *crescendo e diminuendo* de la voz de Kullervo, Raymonda quedó profundamente dormida, y soñó con el catálogo de flores.

Años después, la corriente marina que transportaba a Kullervo y Raymonda desembocó en la ladera de la montaña de octubre. Kullervo despertó a Raymonda; abandonaron las olas y se internaron en el sendero silvestre de Istar, en el que ida y vuelta parecían una sola. El sendero terminó abruptamente en una planicie de roca, más allá de la cual se abría un abismo sin fondo. Consternados, Kullervo y Raymonda unieron sus miradas durante un largo instante; después, tomados de la mano y con los ojos cerrados, invocaron a Apolo Musageta. De las rocas surgió una tonante voz que respondió a la invocación:

—*Domine exaudi...*

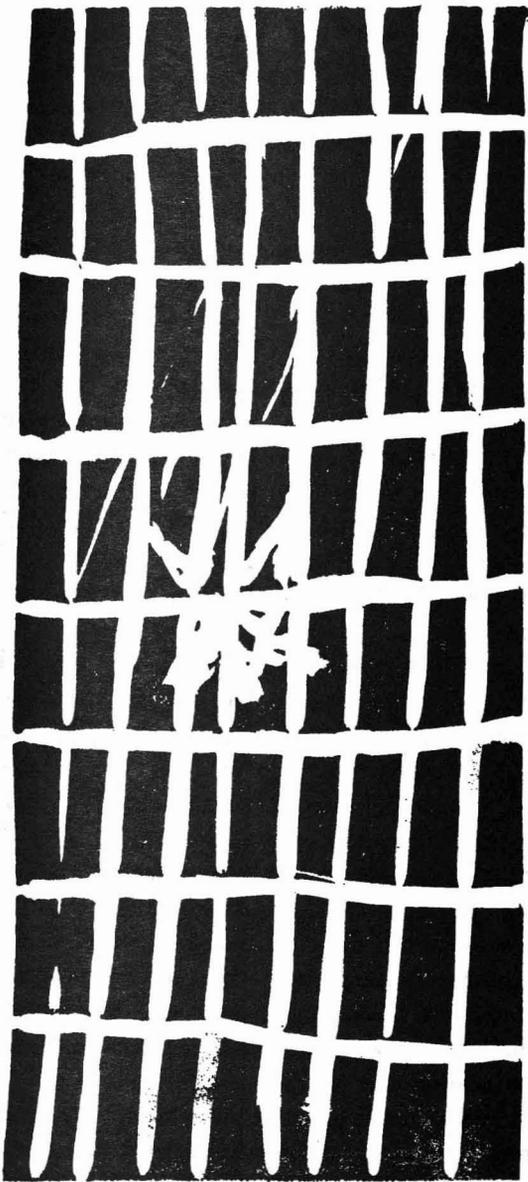
Raymonda se separó de Kullervo, se acercó al borde del abismo y escuchó. Una melodía indefinible y vaga subía desde el fondo. Raymonda murmuró suavemente:

—*O sia il cornetto da posta.*

Y en un instante, el abismo se pobló de figuras sonoras. Caminando sobre ellas, Kullervo y Raymonda cruzaron hasta el otro lado. En cuanto eran pisadas, las figuras sonoras desaparecían, formando una invisible cascada que se precipitaba al fondo del abismo produciendo extrañas disonancias al caer. Terminada la jornada y con el hostil abismo a sus espaldas, Kullervo y Raymonda se tumbaron a descansar y a compartir la siesta de un fauno que dormitaba a la sombra de un árbol de jade. Kullervo se quitó la capa y la extendió sobre el suelo; Raymonda soltó su cabello y se tendió sobre la capa. La doncella exhaló un dulce suspiro que perfumó el atardecer y se durmió. Kullervo montó guardia a su lado, y durante la larga noche, los bandar-log

volaron sobre el paraje, derramando su encantamiento sobre Raymonda.

Al enésimo amanecer, las campanas de Zlonice repicaron con poderosa armonía. Kullervo tocó la frente de Raymonda; ella abrió los ojos y se hizo la luz. Raymonda arregló su cabello, se levantó y con los ojos vueltos hacia los soles gemelos entonó



los Salmos de Chichester, al tiempo que Kullervo levantaba su capa y la colocaba sobre sus hombros. El cielo perdió su color y los soles gemelos vibraron al unísono; la celebración debía comenzar. Kullervo se arrodilló, y sobre la arena congelada trazó con líneas translúcidas: *Decoration day*. Tomó luego a Raymonda por el talle y esperó la respuesta a su llamado.

La atmósfera recorrió el tornasolado espectro una y otra vez. Raymonda construyó para ellos un gran aposento marmóreo; Kullervo hizo la consagración de la casa y, poco a poco, comenzaron a llegar los personajes para la celebración del rito. Cuando todos estuvieron reunidos en el interior, Kullervo trazó un enig-

mático símbolo en el aire; la penumbra los rodeó y las paredes de mármol comenzaron a latir rítmicamente. Se iniciaba el rito, presidido por Kullervo y Raymonda desde lo alto de una escalinata cóncava.

Apareció primero El Chueco; hizo una gran reverencia y pasó las manos sobre el piso bruñido. Los presentes pudieron ver entonces todas las escenas del bosque, repetidas una y otra vez en un ciclo infinito. Con una sonrisa cristalina, Raymonda despidió al Chueco, que recogió sus imágenes, las guardó en su joroba y se fue. De un rincón, saltó un niño de tez pálida y miembros frágiles. Abrió una pequeña bolsa de cuero y de ella extrajo innumerables juegos y artificios. El niño y los sortilegios maravillaron a todos, hasta que Kullervo hizo una seña con la cabeza. Los sortilegios regresaron por sí solos a la bolsa y, finalmente, el niño se hizo muy pequeño y penetró también en la bolsa, que fue rápidamente arrojada a otro rincón. Del fondo de la penumbra surgió entonces el patético duque de Bomarzo. Con el semblante desfigurado y con su voz cascada y plañidera, describió uno por uno a todos los habitantes de su bosque de monstruos. Raymonda tuvo piedad de él; lo convirtió en estatua de porcelana y todos lo adoraron. Con su gran capa, sus botines de fieltro y su sombrero emplumado, Till Eulenspiegel irrumpió en el aposento, descolgándose desde el altísimo techo, haciendo cabriolas y dando grandes voces. Tras él jalaba una larga cadena de diamantes a la que estaba sujeto Shylock. En un instante, ambos tomaron sus posiciones y se enfrascaron en su duelo de historias. Till Eulenspiegel contó el cuento del zar Saltán, y Shylock le respondió con la historia de Armida abandonada. Exhaustos al terminar, decidieron recitar estrofas aleatorias. Kullervo, asombrado, interrogó a Raymonda con la mirada. Ella, tímidamente:

—Polifónica—, dijo.

Kullervo sacudió la cabeza, escéptico.

—Monodia—, respondió.

Raymonda, entonces, se inclinó sobre él y se atrevió a decir:

—Rítmica.

Ante lo cual, Kullervo ordenó que siguiera el rito. Till Eulenspiegel y Shylock se evaporaron ruidosamente con sus estrofas. Los que quedaban bailaron entonces las danzas del fuego nuevo al compás de unos acordes de cristal que descendían de las alturas. De todo ello resultó una paráfrasis en polifonía que anunció que el rito tocaba a su fin. Cada uno de los oficiantes bailó siete hai-kais y se retiró; el rito había sido cumplido.

Kullervo y Raymonda quedaron solos en el aposento y oyeron a lo lejos el veloz galope del jinete de bronce que cruzaba la llanura en busca de Ariodante. Se envolvieron en la polimorfia de sus sentidos y yacieron juntos, siendo preservados de los pecados de vejez.

Nueve días más tarde nació Undine, unigénita y perfecta. Kullervo y Raymonda la observaron largamente y Undine comenzó a crecer ante sus ojos. Del interior de su cuerpo surgieron entonces armonías nunca antes escuchadas, y comenzó su ciclo. Kullervo y Raymonda murmuraron entonces, a coro:

—Y su sangre ya viene cantando.

Luego lloraron, agradecidos, eternamente. ♦